

Orientación del pensamiento actual

I

EL INTELLECTUAL COMO ESPEJO DE SU EPOCA

Parece estar fuera de duda que todo el que ejerce un influjo creador sobre alguna rama del saber debe tener una clara conciencia de los rasgos que constituyen la sensibilidad y el temple de su época. Las adaptaciones, además de ser con frecuencia infecundas, suelen pagarse muy caras. Políticos, artistas, escritores y, no en último lugar, arquitectos, tienen la grave incumbencia de dar al pueblo las formas—políticas, artísticas, literarias, arquitectónicas—que exige su modo de pensar y de sentir. Naturalmente, se da una cierta interacción o dialéctica entre el pueblo y lo que podríamos denominar sus dirigentes intelectuales, pues si aquél despliega sus gustos a base de los productos que le son ofrecidos por quienes se dedican al noble oficio de crear, éstos trabajan de cara a un público que es a la par destinatario y juez. Los procesos culturales son lo suficientemente complicados para que no podamos hacer divisiones drásticas.

Tanto mayor es la obligación de estar alerta al mutuo influjo que ejercen entre sí los miembros de la sociedad. Hoy, por ejemplo, se construyen las iglesias de una forma manifiestamente distinta a la que privaba hace un cuarto de siglo. Pero ¿quién sabría determinar los motivos que operan a la base de este cambio? Indudablemente, late en este quehacer arquitectónico un nuevo concepto de *comunidad*, y ello podría darnos un hilo conductor para hacer atinadas observaciones. Pero sería tan sólo eso: un hilo de la tupida trama del pensamiento actual, que si algo ofrece es una singular complejidad.

Lo más indicado es, por tanto, sumergirse de lleno en el torbellino de la vida intelectual, cuidándose de llevar al menos una mínima dosis de orientación, para no naufragar en un caos informe de datos culturales.

II

ESTUDIO DIRECTO DE LAS GRANDES OBRAS

Con vistas a ello tal vez sea lo más acertado ganar la perspectiva necesaria para leer con provecho las obras más características de la época. Porque es bien sabido que de poco sirve en muchos casos hacerse cargo de lo que dice un libro, si no se entra en contacto con su autor. En lo tocante a las llamadas Ciencias del Espíritu, a veces nos interesa de una obra más la emoción peculiar que suscita en nuestro ánimo, que el elenco de conocimientos que facilita a nuestra mente. Indudablemente, lo que enciende el entusiasmo por la *Filo-sofía*, que se define etimológicamente como *amor-a-la sabiduría*, es el trato directo y dialogante con las grandes mentes que han dirigido la marcha del mundo. Podemos no coincidir, pongo por caso, con Aristóteles, con Platón o con Immanuel Kant. Pero la lectura de sus obras nos llena el alma de ese profundo respeto que es la fuente y quintaesencia de las más altas culturas. Podemos carecer de la fe que nos hace asentir a las verdades reveladas. Pero no dejaremos de sentir una fecunda emoción de trascendencia al leer el libro del Génesis, la Historia de Job o el Evangelio de San Juan.

Un pueblo es culto no cuando carece de analfabetos y sabe muchas cosas, sino cuando se mantiene en diálogo con los grandes espíritus que han situado a la Humanidad a un nivel de alta cultura.

Si algún sentido tiene la tan decantada división de *civilización* y *cultura* es, sin duda, éste: que la *cultura* significa el cultivo del espíritu, ser que florece en el diálogo; y la *civilización* (que proviene de *civitas*, ciudad) es un mero producto de la convivencia ciudadana. Al campesino que emigra a la ciudad le basta observar cómo se vive en ésta, cómo se ejerce tal o cual oficio, etc., para ponerse a nivel, pues el saber técnico

co se transmite anónimamente. En los libros técnicos los nombres apenas cuentan. Pero cuando se trata del cultivo estricto del espíritu, los nombres pasan a primer plano. No puede el joven limitarse a ver cómo se hace poesía, cómo se filosofa, etc., sino que debe recorrer el penoso camino de la Historia. De ahí la gran importancia que se da en la Facultad de Letras a la Historia de la Literatura y de la Filosofía. Las reglas de la Métrica no son sino provisionales andaderas para echarse a andar. Lo importante es averiguar cómo poetizaba, por ejemplo, Petrarca y Lope, cómo filosofaba Tomás de Aquino y Max Scheler. Ni que decir tiene que al fondo corre el río fecundo de la Poesía eterna y la Filosofía perenne, y todo nos hace presentir que los poetas y los filósofos no han hecho sino ir a la misma fuente con diferentes cántaros. Sin embargo, la experiencia nos dice que su acento es muy distinto, y muy vario el sello que imprime en nuestro espíritu su lectura.

Lo importante es leer los autores *directamente*, ir a la fuente, que es el único sitio en que el agua brota. Una cultura que se alimenta, como la nuestra, de libros de texto, escritos de ordinario por espíritus sin vibración, no conocerá la fecundidad.

III

INICIACION A LA LECTURA DIRECTA

Con este objeto voy a ir facilitando a mis lectores el bagaje histórico y filosófico necesario para adentrarse de lleno y con provecho en la lectura de las obras que sean aptas, por una u otra razón, para darnos una idea clara de lo que significa eso que entendemos por *pensamiento contemporáneo*.

Por obvias razones prácticas, procuraré limitarme a las obras que sean fácilmente accesibles a la mayoría de los lectores.

IV

LAS "MEDITACIONES" DE RABINDRANATH TAGORE

Empiezo intencionadamente con una obra de un escritor contemporáneo, tan lejano físicamente, como entrañablemente próximo a lo mejor del espíritu de Occidente: *Rabindranath Tagore*. En su obra *Meditaciones*, que nos acaba de ofrecer recientemente la Editorial Escelicer de Madrid, se hallan multitud de pensamientos que pueden fecundar el amplio movimiento que hoy se registra hacia una teoría integral de la intuición. Con visión certera ha sabido advertir Tagore que lo sensible no es un velo que nos oculta lo suprasensible, sino su lugar de revelación. El mundo es un lugar de sorpresas para el que sabe ver, pues en lo sensible, expresándose, revelándose, palpita inconfundible el mundo de lo no-sensible, con todo su im-

nente peso de realidad. Contra la increíble superficialidad de negar la condición *real* del espíritu, para Tagore no hay mayor ficción que la del sensismo y el materialismo que reducen el mundo a lo sensorial y lo material.

"Cuando decimos que el arte sólo concuadra con aquellas verdades que son personales, no excluimos las ideas filosóficas, en apariencia abstractas. Abundan mucho en nuestra literatura porque se las ha entretelado con las fibras de nuestra naturaleza personal. El ejemplo que aquí os ofrezco aclarará este punto. He aquí la traducción de un poema escrito por una poetisa de la India medieval. Su tema es la Vida:

Yo saludo a la Vida que es como una semilla germinada,
con un brazo que se eleva en el aire,
y el otro sepultado en el suelo;
la Vida que es Una, en su forma externa y en su savia interior;
la Vida que siempre aparece y desaparece.
Yo saludo a la Vida que viene y a la Vida que pasa;
yo saludo a la Vida que se revela y a la que se oculta;
yo saludo a la Vida en suspenso, inmóvil como una montaña,
y a la Vida del embravecido mar de fuego;
a la Vida, tan tierna como el loto y tan cruel como la centella.
Yo saludo a la Vida de la mente, que tiene un lado en la sombra y otro lado en la luz.
Yo saludo a la Vida de la casa y a la Vida de fuera, en lo desconocido;
a la Vida pletórica de goces y a la Vida abrumada de pesadumbres;
a la Vida eternamente patética, que mece al mundo para aquietarlo;
a la Vida honda y silenciosa que estalla en fragorosos oleajes.

"Semejante concepto de la Vida no es una mera deducción lógica; es algo tan real para la poetisa como lo es el aire para el pájaro que lo siente cada vez que bate las alas (1)".

"La mujer se da cuenta en su hijo, más íntimamente que el hombre, del misterio de la vida. Esta naturaleza femenina que hay en el poeta sintió la honda agitación de la vida en todo el mundo. Advirtió no por medio de ningún proceso racional, sino por la iluminación de su sentimiento, que es infinita. Lo que explica que una misma idea, considerada como mera abstracción por quien posee un sentido limitado de la realidad, adquiere la luminosidad de lo real para quien tiene sensibilidad de más amplio alcance. Los críticos occidentales suelen calificar la mente india de metafísica, porque está pronta a remontarse en lo infinito. Pero el infinito no sólo es para la India un tema de especulación filosófica. Es tan real como la luz del sol. Necesita verlo, sentirlo, entremezclarlo con su vida. Por ello el infinito aparece tan profusamente en el simbolismo del culto de la India, en su literatura. El poeta del Upanishad ha dicho que el más leve movimiento de vida sería imposible si los cielos no estuviesen ple-

(1) Los subrayados son míos.

nos de alegría infinita. Esta presencia universal fué tan real para él como la tierra que pisaba" (2).

La característica del alma oriental radica en el poder singular que posee para sentirse en la presencia inmediata de lo no-sensible: Capacidad intuitiva que ocupa desde años la atención de muchos pensadores occidentales.

"En la India, nuestra literatura es preferentemente religiosa, porque para nosotros Dios no es un Dios distante. Está en nuestros hogares, como en nuestros templos. Sentimos su proximidad en todas las relaciones humanas de amor y afecto, y en nuestras festividades. El es el huésped principal a quien reverenciamos.

En las estaciones de flores y frutos, al aproximarse la lluvia, en la plenitud del otoño, vemos la fimbria de Su manto y oímos Sus pasos. Le adoramos en todos los objetos verdaderos de nuestra adoración, y Le amamos dondequiera que nuestro amor es verdadero. Lo sentimos en la mujer buena; en el hombre leal Lo conocemos; nace El de nuevo en nuestros hijos: el Eterno Niño. Por eso nuestros cánticos religiosos, nuestras endechas de amor y nuestros trances domésticos, tales como el nacimiento de un hijo o la visita de una hija que llega del hogar de su esposo para ver a sus padres, y su ulterior retorno, están entretejidos en nuestra literatura como un drama dominado por lo divino."

"De ahí que el dominio de la literatura se haya extendido hasta esa región que parece oculta en lo profundo del misterio, tornándola humana y dándole voz. Va creciendo, al mismo paso que la conquista hecha por la personalidad humana en el reino de la verdad. Va creciendo, no sólo dentro de la historia, la ciencia y la filosofía, sino también en nuestra simpatía cada vez más intensa, en nuestra conciencia social."

"Las campanas repican en los templos, lo mismo en las aldeas que en las ciudades populosas, proclamando que el infinito no es para el hombre un mero vacío."

"En nuestra vida tenemos una parte que es finita, en la que nos agotamos a cada paso; pero tenemos otra parte en que nuestra aspiración, nuestro gozo y nuestro sacrificio son infinitos. Este lado infinito del hombre necesita tener su revelación en algunos símbolos que posean elementos de inmortalidad. Este lado del hombre busca por naturaleza la perfección, rehusando cuanto sea frívolo, insustancial e incongruente. Construye para morada suya un paraíso en el que sólo se emplean aquellos materiales que han superado la condición mortal de lo terreno."

"Porque los hombres son criaturas de la luz. Siempre que se dan cuenta plena de sí mismos, sienten su inmortalidad. Y, al sentirla, extienden su reino de lo inmortal a todas las regiones de la vida humana."

"El hombre sólo es verdadero en el punto en que siente su infinitud, en lo que tiene de divino, y lo divino es lo que hay en él de creador. Por lo tanto, crea al alcanzar su verdad. Porque puede, ciertamente, vivir su propia creación y hacer con el mundo de Dios su propio mundo. Este es el cielo que le pertenece, el cielo de las ideas encarnadas en formas perfectas, de las que él se rodea; donde nacen sus hijos, donde aprenden a vivir y a morir, a amar y a combatir; donde aprenden que lo real no es únicamente aquello que se ve, ni la riqueza aquello que se atesora" (3).

El hombre profundo no se pierde en los detalles, en las fruslerías del mundo sensible, sino que penetra en el interior de las cosas. A quienes tanto nos preocupa el problema de la intuición, es decir, de la capacidad de captar al vuelo realidades complejas y ricas, resultará extraordinariamente aleccionadora la lectura de los siguientes párrafos:

"Cada vez que me encuentro con alguien que todavía no es mi amigo, observo todas las innumerables cosas no esenciales que atraen la atención a primera vista; y el amigo que va a ser mi amigo se pierde en la confusión de tal diversidad de observaciones."

"Cuando llegó a la costa del Japón el barco que allí nos conducía, uno de los pasajeros, que era japonés, regresaba de Rangún a su país; nosotros, en cambio, llegábamos al Japón por primera vez en la vida. Había una gran diferencia en nuestro modo de ver. Nosotros advertíamos hasta las peculiaridades más nimias, e innumerables cosas pequeñas ocupaban nuestra atención. Pero el pasajero japonés se sumergió al punto en la personalidad, dentro del alma del país, donde se complacía su propia alma. Vió él muchas menos cosas que nosotros; pero lo que él vió fué el alma del Japón. No podría ser medida con ninguna cantidad o número, sino por medio de algo invisible y hondo. No sería exacto decir que, puesto que nosotros advertimos esas cosas innumerables, vimos el Japón mejor, sino más bien lo contrario."

"Si me pedís que dibuje cierto árbol en particular y no soy artista, pretenderé copiar cada detalle, temeroso de perder de otra manera la peculiaridad del árbol, *olvidándome de que lo peculiar no es lo personal*. Pero cuando llega el verdadero artista, desdeña todos los detalles y capta al punto las esencias características."

(2) Ob. cit., págs. 77-80.

(3) Ob. cit., págs. 81-84.

"El ser razonador que hay en nosotros busca también simplificar las cosas reduciéndolas a su principio más íntimo; deshacerse de los detalles; meterse en su corazón, donde todas esas cosas no son más que Una sola. Pero la diferencia consiste en que el hombre de ciencia busca un principio impersonal de unificación, que puede aplicarse a todas las cosas. Por ejemplo, destruye el cuerpo humano, que es personal, para descubrir la fisiología, que es impersonal y general."

"En cambio el artista encuentra lo único, lo individual, y que, sin embargo, está en el corazón de lo universal. Cuando mira un árbol, lo ve como único; no como el botánico que generaliza y clasifica. La función del artista es particularizar ese árbol. ¿Cómo lo consigue? No con la peculiaridad que es discordancia de lo único, sino a través de la personalidad que es armonía. Por lo tanto, tiene que encontrar la concordancia íntima de ese objeto particular con todas las cosas que lo rodean."

"La grandeza y hermosura del arte oriental, sobre todo en el Japón y en la China, consiste en que allí los artistas han descubierto el alma de las cosas y creen en ella" (4).

Espléndido homenaje rinde la Editorial Escelicer al entrañable autor de esta obra, prácticamente desconocida entre nosotros, publicándola con motivo de su

(4) Ob. cit., págs. 76-77.

centenario. Pues estos breves y penetrantes ensayos para más de un lector serán la revelación de un Tagore inédito y sorprendente por su amplitud e intensidad de visión. A poetas, artistas y filósofos enseñarán estas páginas el difícil arte de intuir lo suprasensible y dar a lo espiritual—en su más amplio e integral sentido—la densidad ontológica que le compete. Empeñados como estamos los occidentales en la tarea decisiva de fundamentar nuestra cultura en los valores del espíritu, este mensaje del poeta oriental puede servirnos de estímulo e inspiración. Pues pocas cosas necesitamos más al presente que decidarnos a desbordar esos artificiosos compartimentos estancos en que hemos enquistado la vida del espíritu. Como ha escrito muy bien Pieczynska, buen conocedor de la obra de Tagore, hay en ésta "la conciencia intensa de una presencia amante, paternal, maternal, envolvente, más cercana a nosotros que nuestro propio corazón; hay el diálogo del alma humana con este alma inmensa" (5).

Más que una doctrina, la lectura de Tagore nos transmite un estilo de pensar, la sensibilidad para el mundo de lo no-sensible, tan denso y real cuanto discreto y aparentemente anodino. Para el hombre occidental contemporáneo, criticista y tercamente lógico por constitución, el trato con este género de obras puede significar un espléndido complemento que dé a su espíritu el necesario y perdido equilibrio.

(5) Ob. cit., págs. 22-23.

